**Tom Worhach**

Conocí a Tom a través de una gran amiga que es su esposa, Karina. Formalmente podría decirse que apenas sabíamos algo de nosotros. Si bien tuve contacto algunas veces con sus hijos y también pude conocer los relatos lejanos de la vida familiar en su casa materna, no dejaba de ser una mirada deformada por el cristal de otro idioma, de otra cultura, de un mundo lejano y quizás algo exótico que exigía mi limitada capacidad de entendimiento. Me pregunto, en definitiva, qué comprende el conocimiento del otro. Un cúmulo de datos biográficos no parece el sendero adecuado para definir una relación. Me arriesgo a decir que aún sin ninguna información de por medio existen personas que nos resultan afines con su simple presencia. Algo mágico, simplemente sucede o no. Algo tan instantáneo que podría encerrarse en un gesto, como la travesía recurrente de una sonrisa que derribaba todo a su encuentro, así lo recuerdo.

Es que él era verdaderamente un Cocinero. Y no hablo del gran Chef, que también lo era, sino del Cocinero que batía las ollas en una pequeña cocina al ritmo de los latidos de recetas imposibles. Creo que, para los Cocineros, ningún aspecto de lo humano les es desconocido, pero aun así prefieren la complicidad de un buen plato. En cada una de sus creaciones, podía captarse la sensación del hogar, comer con él era siempre comer en casa. Su gran técnica le era innata, el acto de pensar en el otro podía masticarse.

Lo extrañamos porque sabía acariciarnos desde un lugar que pocos pueden, desde la profundidad de un calor conocido, dónde no hacen falta las palabras. Solo una mesa, una comida y una mirada.